

el cofre abierto y que faltaba de él dinero; quedó del susto sin sentido. Preguntó á su mujer quién habia entrado allí, y no supo darle razon alguna. Hizo luego varias diligencias, dando cuenta á la justicia; visitaron las calles vecinas al mentidero, y fué sin provecho. Fué lastimado el autor á dar á su protector cuenta del suceso; mas el príncipe, entendiendo que era estafa, no le creyó. Cayó malo de pesadumbre, con que se le fué creyendo la mala burla, atribuyendo á tener parte en ella el poeta, el cual fué buscado con mucho cuidado; mas no pareció, que él se supo guardar y sus compañeros. Con esto fué condenado el príncipe á darle la hurtada cantidad, que estas generosidades han de hacer los que nacieron con mas prerogativas que otros. Al

fin el autor convalació en breve con la restauracion de su dinero, á costa de la generosa mano que lo suplió; con todo, no cesaban los alguaciles de hacer averiguaciones del hurto y de buscar al poeta; lo cual sabido de Jaime, dando cuenta de ello á su esposa, le aconsejó que dejasen á Madrid, pues tenian dinero con que poder pasar en otra parte tomando algun trato; siguió su parecer el mancebo; y así, dejando á Madrid, se fueron á Aragon, donde en su metrópoli la insigne ciudad de Zaragoza tomaron casa, y en ella pusieron tienda de mercaderías de seda, ocupándose en este tráfico el tiempo que les duró la vida, la que pasaron dedicándose á actos de virtud, á fin de enmendar en parte sus extravíos pasados.

FIN DE LA GARDUÑA DE SEVILLA.

LA INCLINACION ESPAÑOLA.

POR

ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO.

GOBERNABA el poderoso reino de Polonia Casimiro, prudente y esforzado rey, temido de sus enemigos, y amado de sus vasallos; este en las guerras que tuvo con sus comarcanos reyes siempre salió vencedor, porque asistia en ellas, sin exceptuarse del cuidado y trabajo que causa el peso de la guerra, considerando que la presencia del rey en ella acrecienta el brio del soldado para pelear mejor, pues como conoce que su dueño le mira, procura aventajarse para gozar despues el premio que merece por sus hazañas. Conociendo esto Casimiro, premiaba á sus soldados, viniendo por sus puños á verse en mayores estados, y de esta suerte tuvo en sus ejércitos valientes capitanes que le ganaron ricas provincias, con que era el rey mas temido de la Europa. Entre los capitanes que mas se señalaron en las guerras que tuvo con el de Dinamarca y Moscovita fué uno que acertó á venirse de España por cierta desgracia que no refiero. Era un gran caballero de las calificadas casas de Castilla; vínose con su mujer, que á esto le obligó temer una violencia de un rey airado, con quien estaba descompuesto por medio de émulos suyos, que envidiaban sus partes y valor. El nombre de este caballero era Enrique, y el de su esposa amada Blanca; tan lealmente sirvió á Casimiro, que le obligó á darle premios muy iguales á sus grandes servicios, con que llegó á verse conde en la corte de Polonia.

Un dia que el Rey salió á caza, libre del trabajo de la guerra, que no se la daban sus contrarios de temor, despues de haber muerto dos jabalíes y un ligero corzo, quiso descansar en la márgen de una clara fuente, adonde, no con majestad de rey, sino con llaneza de igual á sus caballeros, quiso merendar en su compañía: accion que no disminuye la majestad real, usada tal vez, antes acrecienta amor en los súbditos. Despues de haber merendado se trató de varias materias, y entre ellas del esfuerzo de todas las naciones. Los polacos se daban el primer lugar entre todas, y el segundo al español; otros se apasionaban por el francés, otros por el húngaro; en efecto, hubo diversos pareceres entre ellos,

estándoles atento á todo Enrique con mucha nota de Rey, porque conoció que por modesto no celebraba su nacion, cuando merecia tan buen lugar entre todas; y para meterle en conversacion, le dijo el Rey: Amigo Enrique, ¿qué es la causa porque alabando todas las naciones, dándoles el lugar que merecen ó su pasion les dicta, tú estás tan mudo, pudiendo dar voto tan bien como todos, segun conozco de tu prudencia? A esto respondió el cuerdo caballero: Serenísimo señor, en competencias tales, que suelen resultar de ellas disgustos, nunca yo doy mi voto; fuera de que seria ignorancia mia introducirme á darlesiendo extranjero, donde tantos caballeros naturales hablan con tanto acierto. Con todo, dijo el Rey, gustaré de oírte, y así te mando que en este particular digas tu sentimiento. Porque la obediencia me obliga, dijo Enrique, habré de obedecerte; y así digo, que en las victorias se conoce el mayor valor, pues cuantas mas se ganaron, eso adquieren de fama á la nacion que las consiguen; y si hemos de dar crédito á las historias, es cierto que por ellas se sabe que nacion ninguna ha alcanzado mas nombre, por las grandes victorias que ha tenido, que la española; esta belicosa nacion parece que nació solo para aventajarse á todas las demás en el valor y en la bizarría; y la mayor señal de que es esto que digo cierto es ver que todas las naciones en poniéndose en competencia de otras, todas se dan á sí el primer lugar en el valor, porque es cierto que cada una se ha de alabar á sí, y luego el segundo le dan á la española; de donde se infiere que, reconocida esta por segunda de todas, viene con esto á ser la primera. Y porque vuestra alteza vea cuán inclinados somos los españoles á las armas, si se pudiera hacer una experiencia que diré, lo conociera mejor. ¿Cual es? dijo el Rey, que por dificultosa que sea, yo la haré poner en ejecucion. Es, dijo Enrique, tomar un niño pequeño que apenas haya hecho mas que dejar el pecho de su madre ó ama, y encerrar á este tal en una parte oscura donde no vea la luz del sol, y cuando salga hombre de allí, aunque vea cuanto pueda serle cebo

de los ojos de agrado, á lo primero que se inclinará será á las armas, porque estas le mueven el apetito á seguir su profesion y le da incentivos para pelear. Esto es lo que siento. Mucho me huelgo, dijo el Rey, de haberte oído eso, y quisiera hacer la experiencia mas á mi gusto que ahora puedo; pero tú verás que la hago, si no con la propiedad que quisiera, con la que pueda; y aun será castigo tuyo por no haber alabado mi nación, siquiera por cumplimiento. Esto dijo el Rey con algun enfado, de que quedó Enrique con pesar de verle así; presto le tuvo él de haber alabado su nación tanto y de darle intencion para pruebas de ella, porque sabiendo el Rey que Enrique tenia un solo hijo de solos dos días que le habia nacido, violentamente se le tomó de su casa, con tiernísimo sentimiento de Blanca, su madre, y de su padre. A éste le hizo encerrar en una oscura cueva que hizo á propósito con sus aposentos cavados en peña viva, capaz de habitar en ellos con mucha comodidad. Cuidaban de este niño dos mujeres, la ama que le criaba y otra: estas dos sin luz alguna criaron este pequeño infante hasta la edad de cuatro años, enseñándole la lengua polaca. Desde esta edad á la de quince años entró un caballero, y por mandado del Rey le doctrinó con luz de vela, de quien aprendió desde las primeras letras hasta saber bien la filosofia, siendo en él la enseñanza aun mas dificultosa, porque como estaba encerrado y carecia de noticias, era menester trabajar mas, por darle á entender lo que ignoraba de vista. Era el niño de gallardo entendimiento, y así cuanto le fué enseñado lo aprendió con eminencia, dando muy buena razon de todo, hasta llegar á la edad de cinco lustros, en la cual mostraba grande impaciencia de que el Rey le tuviese allí encerrado, careciendo de lo que Dios crió en el mundo para regalo del hombre. Su prision era secreta para muchos, porque cuando fué traído á la cueva se le llevaron á su madre de un lugar cercano á la corte donde vivia, y se le puso pena de la vida á ella y á su esposo si decian que por mandado del Rey se habia hecho esta violencia; y así, si no era el Rey, el caballero que le enseñaba, su ama y la compañera que le servian en la prision, no lo sabian, y esto con el gravámen de ser castigados si revelasen el secreto. El sentimiento de Enrique y Blanca de verse sin su hijo y no tener otro para su consuelo les quitó la vida en breve tiempo, pesándole ya al Rey de haber comenzado á hacer experiencia que le costaba perder en Enrique un gran soldado; hizo que se les honrase en muerte mucho, y propuso que en saliendo el jóven de la cueva le haria grandes mercedes. Su maestro, entre las cosas que le enseñaba, despues de haberle instruido en la ley cristiana, eran diversas lenguas, en que salió muy erudito. Deciale muchas veces que ninguna cosa habia mas hermosa que el sol, de cuantas criaturas Dios habia formado, despues de los ángeles y el hombre; que él era regocijo de la vista, alma del dia, fomento de las plantas y quien ayudaba á engendrar todas las cosas. Esto habia concebido Carlos, que así se llamaba el jóven encerrado, con que era sumo el deseo que tenia de verle.

Tenia el Rey dos hijas, las mas hermosas y bizarras damas que habia en la Europa: la mayor se llamaba Sol, y la segunda Claudomira; eran dotadas de cuantas gracias puede tener una hermosura, sin las que con el estudio habian ellas adquirido, que era saber muchas lenguas, cantar y danzar; y Sol en particular sabia hacer excelentes versos. De esta dama habia alcanzado un retrato Rosardo, príncipe de Dinamarca, mancebo bizarro y valiente, aunque tan soberbio, que era mal querido de los vasallos de su padre por las demasías que con ellos usaba. Con el de Dinamarca tenia Casimiro firmadas paces, y acabábase el tiempo; de modo que presumian que volverian á sus temas antiguas de la guerra, porque el Dinamarqués habia perdido en las pasadas guerras doce fuerzas que le habia ganado el Polaco, y deseaba cobrarlas, por ser las mas importantes de su reino. Bien quisiera Rosardo que su padre no intentara guerra con Casimiro, porque estaba enamorado por el retrato de la bella infanta Sol, y gustara mas de que se tratara de paces y casamiento con ella que de guerras. Era el de Dinamarca altivo y soberbio, al fin padre de Rosardo, que tuvo él á quien parecer, y no osaba el hijo tratarle estas cosas, porque sabia cuán ofendido estaba del Polaco. Tenia este príncipe grande amistad con el príncipe de Suecia Felisardo, y hallándose los dos en una caza general que se hizo en los confines de los dos reinos, que duró casi un mes, el Dinamarqués le mostró al Sueco el retrato de la infanta de Polonia, y de solo verle quedó tan enamorado Felisardo, que desde aquel día no tuvo un punto de sosiego, con lo cual, por poder vivir, se determinó ir á Cracovia, corte del Polaco, á ver este prodigio de hermosura; previno lo necesario, aunque determinó ir encubierto, y puesto en el camino le dejamos por decir lo que pasó en Polonia.

Tenia Casimiro tanto cuidado con el encerramiento de Carlos por ver el fin de la experiencia que en él hacia, que siempre tenia la llave de la cueva consigo; y para llevarle lo necesario para su persona y doctrinarle el maestro, se la habia de pedir al Rey; dióla en presencia de sus hijas algunas veces, cosa que puso deseo y cuidado en Sol de saber de dónde era aquella llave; y así un día llamó á Doristeo, el maestro de Carlos, y preguntósele; mas él, como le estaba encargado aquel secreto, dijo que era de la librería de su padre. No se satisfizo de esto la hermosa Sol, y así el primer día que vió darle la llave al Rey mandó un paje que le siguiese y tuviese cuenta dónde abria con aquella llave; anduvo el paje diligente en servirla, y obediéndola puntual, siguió á Doristeo, y vió que atravesando un ameno jardín del cuarto del Rey salia á la calle y abria unos sótanos que estaban contiguos al palacio, volviendo despues á cerrar; esto le dijo á la Infanta, la cual tuvo mas deseo de saber aquel secreto, y anduvo de allí adelante con mas cuidado por saberlo. Un día que el Rey se estaba paseando por una galería que caia á este jardín, habia dado la llave de la prision de Carlos á Doristeo; esto vió la Infanta, y tuvo cuidado cuan-

do se la volviese para estar de secreto encubierta y oír lo que los dos platicaban. Volvió Doristeo á entregar la llave al Rey, como acostumbraba, y preguntóle él: ¿Cómo está el preso? A que Doristeo respondió: Prometo á vuestra alteza que le tengo lástima; él está gallardo mozo, y tiene de unos días á esta parte unas impaciencias de verse encerrado, que tiempo no se quite la vida con ellas; y así, si es llegado el tiempo en que vuestra alteza ha de hacer la experiencia que desea, tendré por acierto que le dé libertad para que salga y se manifieste á todos. En cuanto á mi enseñanza, no tengo ya que hacer, porque cuanto sé lo sabe, y con mas eminencia que yo, porque en muchas cosas que me pregunta con vive y claro ingenio, me hallo atajado de respuesta. Vuestra alteza disponga su salida, y no malogre con su prision una bizarra juventud, que excede con las partes que tiene á muchas. Presto, dijo el Rey, tendrá libertad Carlos, que aguardo á cierta ocasion para verle libre, y entonces veré lo que tengo en él; en tanto será bien que se le hagan vestidos los mas costosos que pudieren ser, porque como esto es contrario á lo que espero que se incline, desearé que con las galas no lo ejecute, y tambien con los regalos; y así te torno á encargar que en la materia de guerra no le trates, ni por el pensamiento, antes sepa de cosas de gusto, placer, música y deleites, porque con esto, teniendo puesto el gusto en ellas, no le llevará la inclinacion á lo que su natural pide. Quedó Doristeo muy encargado de servir al Rey en lo que le mandaba, con que dejó su presencia. Toda esta plática habia escuchado la hermosa infanta Sol con mucha atencion, dejándola confusa, porque no podia dar en lo que fuese con certeza; por una parte sospechaba que este Carlos, de quien habian hablado Doristeo y el Rey, era hermano bastardo suyo, que el Rey, su padre, le ocultaba por algunos respetos que debian de importar. Este y otros discursos hacia la dama; mas como no sabia la verdad, no daba en lo cierto; con esto creció en ella mas el deseo de saber esto; y así se determinó á tomar la llave al Rey, y porque no hiciese falta, hacer otra y procurar salir de su confusion. Aquella noche se le ofreció ocasion para ello, porque habiéndole dado al Rey cierto accidente que le obligó á acostarse, como lo supiesen las infantas sus hijas, pasaron á su cuarto á verle, y estando Sol á la cabecera de su cama, vió que por debajo de la última almohada de ella asomaba el anillo de la llave, con cuya vista se alegró sumamente, y entreteniéndolo al Rey, pudo con disimulo sacársela y guardarla en la manga de la ropa. Volvió á su cuarto, y llamando á un criado suyo, de quien en muchas cosas hacia confianza, le encargó que en el mas breve tiempo que fuese posible mandase hacerle otra llave como aquella, porque la importaba mucho; obediéndola el criado, y dentro de dos horas la tuvo en su poder, con que se alegró sumamente, agradeciéndole el cuidado con una dádiva de valor.

A la mañana acudió la Infanta algo temprano á ver á su padre, y con el mismo disimulo volvió á po-

nerle la llave en su lugar, de modo que no fué echada menos, porque aun no habia venido Doristeo por ella como acostumbraba para ver á Carlos. No veia la hora la Infanta de examinar aquel secreto, y con el temor que tenia de ser descubierta, aguardaba ocasion de cumplir su deseo; ofreciósele muy á medida de él, porque dentro de dos días salió el Rey á caza, y haciendo que Doristeo visitase algo de mañana á Carlos, llevósele consigo á esta holgura, habiendo de ser la vuelta el dia siguiente á la hora de comer. Apenas vió la Infanta á su padre ausente, cuando haciendo poner una carroza, la mandó entrar en el jardín; púsose en ella, y saliendo por la puerta de él encubierta con las cortinas, llegó á la prision de Carlos, guiada por el paje que la sabia, sin quererle acompañar de otra persona; salió de la carroza secretamente, haciendo esperar dentro de ella al paje, y abrió la puerta en ocasion que no fué de nadie vista, por ser en parte sola aquella prision. Con la codicia que llevaba de averiguar lo que aquello fuese, olvidóse de cerrar la puerta por de dentro, y fué entrando por la oscuridad de la cueva con mas ánimo que su natural pedia; de esta suerte llegó á lo último de un callejon, que venia á rematar en una pieza cuadrada, donde vió en un candelero de plata una vela ardiendo que estaba sobre un bufete, y cerca de él un jóven sentado en una silla leyendo en un libro, cuya presencia le enamoró tanto, que desde aquel punto quedó sujeta al vendado hijo de Venus.

Volvió Carlos la cabeza al ruido de las pisadas que habia sentido; y pensando ser Doristeo, le dijo: ¿Qué novedad es esta, maestro mio, venirme á ver tan á menudo? Con esto que la hermosa Sol le oyó hablar, se arrojó á la pared, atajada, sin poder dar paso adelante, pesarosa ya de haber venido allí. Levantóse de su asiento Carlos, y tomando la luz, quiso ver quién era el que se escondia y no le daba respuesta, y descubrió con ella un portento de hermosura, un erario de perfecciones; en fin, la mas hermosa vista que sus ojos habian tenido hasta allí; es circunstancia de esto saber que ya Carlos estaba solo en aquel encerramiento sin su ama y la mujer que le acompañaba, porque para servirle acudia solamente un criado con la misma fidelidad de guardar el secreto de esto que Doristeo. Volvamos á Carlos, que así como vió á Sol, quedó suspenso con la vela en la mano sin hablar palabra. Estuviéronse mirando el uno al otro un rato, y quien primero rompió el silencio fué Carlos, diciendo: Mi maestro me aseguró que la mas admirable cosa que habia de ver para alegría de mis ojos era el sol, y así creo que el que me favorece en este oscuro albergue y el que tengo presente es esta criatura de Dios; dime si te llamas así, para que estime y venero tu persona. Respondióle la Infanta: Mi nombre es ese que dices; Sol me llamo, pero no el que tú piensas, porque ese no es criatura racional; que solo sirve de alumbrar la tierra y criar las plantas de ella con el ayuda de su calor. Pues ¿quién eres, replicó Carlos, que tanto deleite recibo con tu vista? Una mujer, respondió la dama, que cu-

riosa de saber este secreto he querido averiguarle; y ya que lo he conseguido, te pido licencia para volverme. ¿Vienes con beneplácito de mi maestro? dijo Carlos. Sin él he venido, replicó ella, que con mi industria pude hacer llave para esa prision. Luego en tu mano está el darme libertad ahora, dijo él. Así es, dijo Sol; mas corre riesgo tu vida y aun la mia, si por mi ocasion llegases á salir de aquí sin la voluntad del que te encierra. Yo no conozco, dijo él, superior ninguno, ni eso me ha enseñado mi maestro, aunque sé que se ha de obedecer á los reyes despues de Dios. Desear uno su libertad, y procurar ser hombre quien ha sido tronco hasta aquí, es justo; perdóname que hasta saber qué es la luz del día, por esta vez lo tengo de ver. Poniale inconvenientes la hermosa Infanta para que no saliese, pesosa de no haber cerrado la puerta por dentro; mas el jóven, aunque aficionado á la dama, tomó el camino de la puerta, siguiéndole la Infanta con mucho pesar de haber emprendido cosa con que habia de dar disgusto á su padre. Llegaron los dos á un tiempo á la puerta, que abrió luego Carlos, sin oír persuasiones de la Infanta que le rogaba no lo hiciese; salió por ella, admirándose de ver la luz del día, la hermosura del sol y de todo aquello de que le habia dado noticia Doristeo, y él habia carecido en aquel encerramiento. Suspenso estaba de ver esto, sin acordarse ya de la hermosura del sol que tanto le habia enamorado: tanto le divertia la novedad de lo que ignoraba por práctica, cuando acertó á pasar por la calle un tambor tocando una caja de guerra, y iba á echar un bando por el Rey; agradóse del rumor y son que hacia con las baquetas, y fué embelesado tras él, sin reparar en que se reían todos de ver á un hombre de su edad en buen hábito ir admirado de ver tocar una caja, no quitando los ojos del parche de ella. De esta suerte siguió su camino dejándose á la Infanta, la cual, alligida de haber sido curiosa, se volvió á palacio, dejándose con la pena la puerta de la prision abierta.

Volvamos á Carlos, que suspenso en oír la caja caminaba tras ella, hasta llegar á una plaza donde se publicó el bando, el cual era que todos los hombres que fuesen solteros, desde edad de diez y seis años hasta cuarenta, se alistasen para la guerra que se esperaba contra el rey de Dinamarca, pena de la vida. Bien entendió el bando Carlos, digo lo razonado de él, mas con la advertencia que el Rey dió á Doristeo, no tocándole en la materia de guerra, no sabia qué cosa era; y así, queriéndolo preguntar, vió venir hácia sí un hombre huyendo de otro, con una espada desnuda en la mano; el que le seguia traia otra espada en blanco: detúvole Carlos dejando pasar al primero; mas viéndose defendido el segundo, le dijo: ¡Oh qué mala obra me has hecho en estorbarme que siga á mi contrario! ¿Por qué causa? replicó Carlos. Porque ese hombre me dió un bofetón, con que me afrentó, fiado en que tenia valedores cerca de sí, y no pude entonces vengarme de él, y ahora lo procuraba. Mientras esto decia el ofendido, Carlos miraba atentamente la espada que traia

desnuda, y muy pagado de sus acerados filos, le preguntó que qué era aquel instrumento. El hombre le dijo, admirado de su inocente pregunta: Esta se llama espada. ¿Para qué es? replicó Carlos. Para adorno del hombre y para defensa suya, dijo el otro, porque con ella se ofende y se defiende de su enemigo. Tenia Carlos en esta sazón la espada en la mano, y oyéndole decir aquello, le dijo: Pues ¿teniendo tú instrumento con que ofender á quien te ha afrentado, te estuviste quieto por el temor, y no te defendiste? ¡Oh cobarde gallina! no estés mas en mi presencia, que no me agradan hombres afeminados. Con esto le tiró dos ó tres cuchilladas, con que le hizo huir de allí, y se quedó muy ufano con su espada en la mano, mirándola y contentándose mas de ella cada instante. Contemplando estaba en sus lucidos aceros, cuando se ofreció una cuestion en la misma plaza, y fué que vió venir acuchillando á un hombre tres, el cual se vino retirando adonde estaba Carlos; él, que vió esto, se puso á su lado y le defendió valerosamente, hiriendo á los dos, con que huyeron de su presencia todos, dejando libre al solo. Preguntóle Carlos que por qué le venian ofendiendo aquellos tres, y él le dijo que habiéndoles ganado al juego una cantidad de dineros, ellos, sentidos de verse despojados de su caudal, se los querian quitar á cuchilladas, y lo hiciesen si no fuese por tu ayuda. ¿Qué es dinero? le preguntó Carlos. Este que traigo conmigo, dijo el hombre, riéndose de su simple pregunta. Mostróselo, y volvióle á decir Carlos: ¿De qué sirve este metal? Este, dijo el hombre, es aquello con que compramos cuantas cosas son necesarias para la vida humana; quien esto tiene en cantidad es estimado por ello, sube con su valor á dignidades, alcanza tener muchos amigos, y aun es causa de tener enemigos, como ahora se ha visto, pues por tiranizármele me querian quitar la vida, que es la mas preciosa joya del hombre. Tenia en la mano Carlos una cantidad de reales que el hombre le habia dado, y oyéndole decir aquello, dijo: Si esto es causa de perder un hombre la prenda que mas estima, ¿para qué se ha de hacer caso de ello? Con esto lo arrojó en el suelo, acudiendo á tomarlo mucha gente del vulgo, que sobre apoderarse de los reales esparcidos, se dieron muchos mojicones, experimentando de nuevo Carlos que el dinero era peligroso en quien le gozaba, pues codiciándolo se procurarian quitar la vida por él, y que tambien era causa de ensoberbecerse los hombres poderosos con mucha cantidad de aquel metal, con que se compraban todas las cosas. Estando en esto se vió cercado de ministros de justicia, que habiendo sabido haber herido á dos hombres, le venian á prender: dijéronle que se diese á prision y rindiese las armas; dos cosas le pedian que, para el orgullo y aliento que habia cobrado Carlos, eran bien dificultosas de obedecer por él; lo de la prision ya se veia si lo aceptaria quien la habia tenido tan larga desde que nació hasta aquel día; y la segunda menos, pues habiendo oído que la espada era defensa del hombre, teniéndola consigo, no se la habia de dejar

quitar. Porfiaron á que se diese á prision; mas él, cólerico de oírles esto, les acometió con tanto brio, que en breve dejó dos hombres á sus piés sin vida. Acrecentóse el número de los ministros para prenderle, y tambien el de los heridos por defenderse: tanto era su ardimiento y valor, admirando á todos su arrojamiento; pero como cargó tanta gente á ayudar á la justicia, fué abrazado por detrás, y rendido, quitándole la espada, con que ligándole las manos fué llevado á la cárcel, donde le pusieron esposas á ellas, y una gruesa cadena á un pié, dejándole no poco impaciente de experimentar esto, porque se le figuró que habia de durar otro tanto como la pasada prision y ser mas rigurosa, pues en esta le oprimian con hierros, cosa que no habia tenido en la otra.

Dejémosle estar aquí, despechado de verse oprimido, y volvamos al príncipe Felisardo de Suecia, el cual llegó encubierto á Cracovia, corte del de Polonia, el mismo día que salió de su prision Carlos. Habia tenido Casimiro con el padre de este príncipe grandes encuentros en sus guerras, como valedor que fué del rey de Dinamarca, y deseaba el de Polonia vengarse de él; y así venia este príncipe encubierto solo á gozar de la vista de la hermosísima Sol y llevarse un retrato suyo, para tratar despues de casamiento con ella y anticiparse al príncipe de Dinamarca. Entró pues en la ciudad algo de noche, y todo el día siguiente estuvo oculto; esta noche supo que habia en palacio un sarao, porque habiendo venido el Rey de caza aquel día, quiso que se hiciese por divertirse. El de Suecia quiso ir de embozo, pero no se encubrió tanto que un caballero polaco no le conociese; este se lo dijo á otro, y vino á oírle un criado del Príncipe, el cual se lo dijo á su dueño dentro de la sala del sarao, advirtiéndole el riesgo que corria su persona si era conocida entre sus enemigos; vió á la Infanta, y retiróse luego á su posada, yendo perdido de amores de ella. Al pasar por junto á la prision de donde habia salido Carlos, encontróse con una muy grande tropa de ministros de justicia que venian reconociendo á cuantos encontraban; y temiendo ser conocido, adelantóse á sus criados, y arriñóse á la puerta de la prision que fué de Carlos, la cual habia dejado abierta la Infanta, porque con el susto de verle partir con tanta celeridad no se acordó de volver á cerrar; y así apenas se arriñó Felisardo, cuando la puerta se abrió del todo; parecióle que el cielo disponia aquello para que él no fuese conocido; y así, echando de ver que habia llave puesta en la cerraja, la quitó de ella, y encerrándose echó la llave por dentro y se la guardó; luego que hubo hecho esto se fué entrando por aquella estancia, admirado de no encontrar con persona, y llegó hasta el primer aposento de ella, donde vió luz en una lamparilla, porque la de una bujía se habia acabado; esta tenia siempre encendida Carlos, por carecer de la luz del día en la lóbrega estancia que habitaba.

Reconoció Felisardo el aposento, y vió en él un lecho de grana, con alamares de oro, y ropa en él muy

delgada; cerca de este lecho habia dos cofres con vestidos, que reconoció, habiendo primero encendido una bujía que halló allí sobre un bufete; vió diversidad de libros, así de ciencias como de entretenimiento, admirándose de que en estancia donde habia tantas comodidades para habitarla no estuviese su dueño. Aquí estuvo el extranjero Príncipe hasta la mañana que se vistió; esto no porque le avisase ser de día la luz de algun resquicio, por carecer de esto aquel albergue, sino que por la costumbre de su dormir, cuando despertó juzgó ser de día. Levantóse, y apenas se habia acabado de vestir, cuando oyó abrir la puerta de aquella estancia, cosa que le puso en no poco cuidado, por tener la llave él, y haber otra. Era que entraba Doristeo á que le llevasen lo necesario, el cual como le sintiese Felisardo escondió la luz de la lamparilla; reconoció Doristeo estar sin ella, y así le dijo: Carlos, ¿parece que estás sin luz? Así es, dijo Felisardo, hablando en lengua polaca, que era en la que Doristeo le habló. Pues yo vuelvo, replicó él, á que traigan luz y lo necesario. Ya tenia Felisardo prevenido un vestido de los que halló en un cofre, el cual á toda prisa se le vistió porque no le hallasen con el que traia al uso de Suecia. Dióle lugar para esto el espacio que tardó en volver Doristeo con la luz; esta la trajo el hombre que acudia á servirle. Entraron dentro, y advirtiéndole en la persona de Felisardo, se desconoció, diciéndole muy alborotado: Mancebo, ¿quién os ha traído á este lugar en que habitaba otra persona? Yo me he venido á él, dijo Felisardo, hallando la puerta abierta. Pues ¿cómo, replicó Doristeo, la puerta hallastes abierta? Bien lo conoceréis, dijo Felisardo, pues extrañais que no soy el que aquí habitaba. Extraño fué el sentimiento que tuvo Doristeo de oírle esto, conociendo la mala cuenta que habia de dar al Rey de lo que se le encomendó; pero el remedio que halló para librarse de su castigo fué que, pues tenia debajo de su mano á aquel mancebo que se habia encerrado allí, que él supliese la falta del ausente sustituyéndole; y así le dijo: Jóven, á quien no conozco, ¿qué causa os ha obligado á entrar aquí sin licencia del dueño de esta estancia? Librarne de mis enemigos, dijo Felisardo, que me querian quitar la vida. Pues ¿cómo hallé cerrada la puerta? replicó Doristeo. Porque en ella habia llave, dijo Felisardo. De esto se maravilló Doristeo, y le preguntó dónde la tenia; mostróselo Felisardo, que no debiera, que estaba encima de un bufete, de la cual se apoderó Doristeo por tenerle seguro para lo que habia pensado hacer, y luego le dijo: En este albergue asistia por mandado de nuestro Rey un caballero de vuestra edad, el cual no sé por cuál medio ha conseguido su libertad, y se ha escapado de esta, que por haberle encerrado podemos llamar prision, adonde no estaba por delito ninguno, sino por gusto del Rey, para hacer cierta experiencia, que si era curiosa para su alteza, era muy pesada para el paciente. Yo os hablo claramente; á mí se me habia cometido la guarda de este jóven; yo he dado mala cuenta de él, no por culpa mia, sino por diligencia suya; el faltar de